

# ESBOZO DE LA CONCEPCIÓN MERLEAU-PONTYANA DEL «YO»

Karina P. Trilles Calvo<sup>1</sup>. Universitat de València

## 1. Introducción

En las postrimerías del siglo XX, rodeados por doquier de otros seres humanos que claman por hacerse entender, a veces brutalmente, urge dar una respuesta válida al problema de la identidad humana, a la cuestión de qué es aquello que nos caracteriza y que nos permite exclamar, en ocasiones demasiado alegremente, «yo soy...». Mi intención en esta comunicación es poner de manifiesto la propuesta ofrecida por el fenomenólogo francés Maurice Merleau-Ponty, pensador interesado en resolver este acuciante problema con el objetivo de elaborar una teoría de la intersubjetividad que recogiese en el nivel teórico el vivir en comunidad que, de hecho, acontece en el estrato práctico.

Delimitar lo que sea el «yo» es, sin duda, una tarea ardua quizás porque es aquello que somos, eso que nos caracteriza. Hay que dar contenido a ese vocablo de, únicamente, dos letras para poder acercarnos al problema del otro, del prójimo que se esboza al mismo tiempo que yo. Definitivamente, podemos decir que la labor a emprender por Merleau-Ponty es la de señalar eso que constituye la referencia del «yo» aunque, en ningún momento, cabe entender por ésta un objeto determinado, sino que, más bien, habría que afirmar con F. Montero que dicha palabra es presa de una *ficción referencial*<sup>2</sup>. Sin embargo, reconocer esta peculiaridad que acompaña al vocablo no libra a este fenomenólogo francés de realizar la delimitación del concepto que nos ocupa. Ya no le sirve la vieja caracterización del psiquismo como «lo que se da a uno solo»<sup>3</sup>, cuyos contenidos eran conocidos por inspección directa al modo en que lo proponía Descartes. Tampoco le es útil afirmar que el *ego* es un mero concepto unificador de los distintos estados psicológicos como defendía Hume<sup>4</sup> y, desde luego, no puede aceptar que sea definido como un sujeto trascendental. En todos estos casos, la posibilidad de acceder al otro, a sus pensamientos y deseos, se hace sumamente dificultosa, por no decir imposible, puesto que la conciencia es caracterizada como

---

<sup>1</sup> Esta comunicación ha sido posible gracias a una beca pre-doctoral de Formación de Personal Investigador concedida por la Conselleria d' Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana en el marco del Plan Valenciano de Ciencia y Tecnología.

<sup>2</sup> Vid. F. Montero Moliner, «La semántica de la subjetividad», en *Contextos*, 1986, Vol. IV, N17, p. 20

<sup>3</sup> M. Merleau-Ponty, *Les relations avec autrui chez l' enfant.*, C.D.U., París, 1964, p. 25. Citaré RAE y la página. Salvo indicación contraria, las traducciones son mías

<sup>4</sup> Vid. D. Hume, *Tratado de la naturaleza humana*, Tecnos, Madrid, 1988, Libro I, parte IV, p. 356

«lo que no puede verse desde fuera»<sup>5</sup>. Merleau-Ponty ha de edificar una teoría del «yo» que haga posible un tratamiento verosímil del prójimo, que haga plausible un conocimiento fidedigno del otro ser humano sin anular mi propio ser sujeto. Todo ello lo consigue, al menos aparentemente, al aseverar que el *ego* es un *ser-en-el-mundo*. A continuación, mostraré la peculiaridad de este yo que se revela anudado al universo que nos rodea y que se siente corporeidad viviente que incide en su medio más próximo.

## 2. Yo-mundo y yo-cuerpo. la apertura del ego

Merleau-Ponty rompe con la conciencia reflexiva cerrada (ejemplificada en la obra de René Descartes) y propone otra perceptiva y abierta, «*girada hacia el mundo, girada hacia las cosas*»<sup>6</sup>. Soy un ser precipitado hacia afuera y formo una unidad indisoluble, una *Gestalt*, con los objetos exteriores que me dan forma. Soy un yo y, al par, soy mundo, rompiéndose con esta afirmación la creencia en la existencia de un sujeto interior. Propiamente hablando, ya no hay dentro ni fuera...las fronteras se han diluido. Lo cerrado deja paso a la apertura de modo que el individuo tiene su medio de conocimiento en el universo circundante. Merleau-Ponty es claro en este punto: «no hay hombre interior, el hombre está en el mundo, es en el mundo que se conoce»<sup>7</sup>.

Yo y mundo se entrelazan de manera que no existe «un sujeto sin mundo»<sup>8</sup>, ni universo mundano sin yo. Éste es parte de aquél y en él se produce la eclosión de las significaciones agazapadas en el corazón de las cosas. Soy proyecto mundanal en tanto que conciencia perceptiva, virada hacia las cosas, y en este medio me desarrollo, me despliego, me mezclo así como dialogo con él y, evidentemente, no me dedico a ser un simple espectador como pretendía el racionalismo. Soy, más bien, un individuo *inmerso en una situación* concreta, preso de la existencia fluyente. Ya no hay lugar para «globos sondas» o «torres de marfil» aislados de esta problemática tierra que habitamos, sino que sólo hay sitio para un *ego activo y dialogante* en perpetuo contacto con un mundo siempre abierto.

Yo y mundo están engarzados, viven al mismo son de modo que, según Merleau-Ponty, «a la' unidad abierta del mundo debe corresponder una unidad abierta de la subjetividad»<sup>9</sup>. Ésta está por hacer de ahí que, como expondré en páginas venideras, sea imposible un conocimiento completo de nuestro propio ser, lo cual hace menos dramática la parcialidad inherente al saber del otro.

El yo es *abierto*, es un horizonte al par lejano y al alcance de la mano que, en cuanto tal, siempre esconde en su interior, como asevera Hernández Borque, «una faceta de misterio, un elemento oculto hacia el cual cada dato concreto 'proyecta', en

<sup>5</sup> RAE, p. 30

<sup>6</sup> RAE, p. 30. Las negrillas son mías.

<sup>7</sup> M. Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception*. Gallimard, París, 1945. Citaré PP y la página. La negación del hombre interior se repite en su obra *Humanismo y Terror*, Pléyades, Buenos Aires, 1968, p. 54: «En la hora presente, el hombre interior no existe más o no existe todavía.»

<sup>8</sup> PP, p. 379

<sup>9</sup> PP, p. 465

virtud del movimiento intencional [...] que lo anima»<sup>10</sup>. No soy un extraño e hipotético receptáculo de ideas o pensamientos interiores, sino que soy, en palabras de Barbaras, «*excentration*»<sup>11</sup>. Es tal la fusión con el mundo que, propiamente hablando, me *desposeo*, no me tengo, no me pertenezco. Al difuminarse las fronteras entre el dentro y el fuera, también se desdibujan las barreras de la pertenencia. Lo que antaño era una unidad yoica perfectamente definida y, en consecuencia, totalmente cognoscible, se torna ahora una *unidad presunta* cuyo conocimiento siempre deberá hacer frente a cierta carga de misterio. Sin embargo, este elemento oscuro no ha de ser entendido peyorativamente. El misterio que acompaña al *ego* está impreso en su propio ser-en-el-mundo porque *es* en la medida en que, todavía, *no es*, existe al tiempo que se hace, y esta constante proyección al futuro es una incógnita susceptible de múltiples respuestas. Me hago y en este hacerme sé de mí.

Todo lo dicho hasta aquí queda rubricado con la concepción de la conciencia como un «yo puedo» en continuo ejercicio. El *ego*, pues, ya no es una sustancia pensante, sino intencionalidad, vivencia, acto de tendencia que se corporaliza. *El cuerpo es la raíz del yo* o, en palabras merleau-pontyanas, «es 'la forma oculta del ser-uno-mismo'»<sup>12</sup>. Soy esa corporeidad fenoménica que siento en primera persona, que me constituye con propiedad: *mi ego es un yo-cuerpo*. Soy un ser unitario porque poseo una corporeidad y porque ésta deja de ser una suma de sensaciones diversas y se transforma en un esquema corporal que integra las diferentes vivencias. Este mi ser *ego-cuerpo* juega un importante papel a la hora de saber de mí.

Cuando el yo mira hacia atrás y repiensa el «contenido» de una percepción que ya es pasado, encuentra el rastro del esfuerzo corporal: toqué con mis manos, vi con mis ojos,... unas huellas que también constataré en el otro. Mi cuerpo es el que incide sobre el mundo, es el que despliega la actividad (*mi actividad*) que tanto me caracteriza y es el vehículo (es curioso cómo nuestro lenguaje está impregnado de cartesianismo) de mi autoconocimiento. El *yo-soma* se conoce porque está situado, porque lleva inscrito en su seno la referencia al universo circundante: «yo no *me* soy disimulado porque tengo un mundo»<sup>13</sup>.

Es tan estrecho el lazo entre aquél y el universo mundano que el individuo, según Yagüe, «jamás puede reinvindicar una "conciencia tética" del mundo y de sí mismo»<sup>14</sup>. La idea de un espíritu de sí que se aprehende con inmediatez y que se encuentra acompañado de un trozo de materia deviene ridícula si se introduce, con todas sus consecuencias, el elemento «mundo». El saber de mí mismo ha de pasar necesariamente por éste. Las siguientes palabras Merleau-Pontyanas son suficientemente explícitas: «yo no me conozco más que en mi inherencia al tiempo y al mundo»<sup>15</sup>.

Empero, nuestro autoconocimiento no es tarea fácil porque el «yo» es presa de una evasividad sistemática. Es lo más cercano a nosotros pero, paradójicamente,

<sup>10</sup> F. Hernández Borque, «Hume y Merleau-Ponty, filósofos de la experiencia» en *Anales del Seminario de Metafísica*. 1976, Vol. XI, p. 89

<sup>11</sup> Barbaras, R.: «Le monde intersubjectif chez Merleau-Ponty» en *Cahiers Philosophiques*, 1984, p. 75

<sup>12</sup> PP, p. 193

<sup>13</sup> PP, p. 349. El subrayado es mío.

<sup>14</sup> J. Yagüe, *M. Merleau-Ponty y la fenomenología*, Augustinus, Madrid, 1971, p. 135

<sup>15</sup> PP, p. 397

resulta difícil de aprehender con cierta claridad. Quizás, ese estar perpetuamente expuesto a la luz es lo que nos ciega. Siempre queda una zona en la penumbra, y esta oscuridad es la que permite, al par que es consecuencia, la apertura originaria del *ego*, su ser acto. El amor, el odio... los distintos estados afectivos y emocionales que sentimos como lo más propio no son, en verdad, totalmente evidentes para mí. Llegado el momento, puedo descubrir que el cariño que creía imperecedero mientras lo vivía es, en realidad, falso, o que lo que concebía como altruismo es una peculiar forma de egoísmo. Somos, en cierta medida, una sorpresa constante.

Evidentemente, esto no implica que yo sea un perfecto desconocido para mí. Me descubro en una situación *mía*, en una actividad *mía*... *Estoy dado a mí mismo*, esto es, como explica Merleau-Ponty, «me encuentro ya situado y empeñado en un mundo físico y social; *estoy dado a mí mismo*, eso es, esta situación nunca me es disimulada, nunca está a mi alrededor como una necesidad extraña, y nunca estoy efectivamente encerrado en ella como un objeto en una caja»<sup>16</sup>.

Todo ello funda mi transcendencia hacia el otro ser humano con el que convivo, la posibilidad de nuestro mutuo conocimiento pues ambos somos seres girados hacia el mismo mundo, hacia el mismo medio con el que formamos una *Gestalt*.

A la cerrazón que acompañaba a la formulación cartesiana del *ego*, Merleau-Ponty opone un yo abierto que se nutre de la mundaneidad circundante en la que destaca la cuasiomnipresencia del otro hombre. *Ego-cuerpo-mundo* configuran una férrea cadena difícil de romper sin que cada uno de sus eslabones pierda su ser propio.

### 3. Conclusión

Es momento de recapitular. El yo es un ser-en-el-mundo, un proyecto que tiende a realizarse en un medio, en una situación determinada. No es, jamás, algo concluso, sino, más bien, algo abierto, un horizonte al que le es inherente una semilla de misterio, lo que es una forma de decir que al *ego* le es característica una indefinición, un cierto ser que aún no es. Me hago y, en este hacerme, el cuerpo desempeña un papel fundamental porque permite mi despliegue, mi actividad, esa que incide y modifica el mundo. Con éste formo una *Gestalt* y, en tanto que es mi otra cara, juega un rol esencial en mi propio saber, un autoconocimiento difícil debido a la evasividad que me es inherente. Sin embargo, no me desconozco totalmente porque me descubro en una situación mundana que considero *mía*, una aseveración que equivale a afirmar que estoy dado a mí mismo a través del mundo que se me presenta, un hecho que, por otra parte, fundamenta mi traspasar hacia el otro. Merleau-Ponty parece que ha logrado establecer una teoría del *ego* que le permite hacer posible un contacto con el prójimo, al ser ambos parte de un mismo mundo y al formar con éste una Estructura.

Esta es, a grandes rasgos, la interesante teoría Merleau-Pontyana acerca del *ego*, de ese «punto» que nos hace ser personas diferenciadas y diferenciables. En nuestras manos está seguir el sendero por él marcado o, como hombres y mujeres que están a punto de asistir al nacimiento del siglo XXI, construir nuevos caminos que nos conduzcan a eso que se ha venido a llamar «identidad personal».

<sup>16</sup> PP, p. 413